

N  
M  
F  
F  
F  
C  
C

GUILLERMO TELL.



LIBRO I.

ESCUCHADME ; oh amigos de la libertad ! vosotros, cuyas almas bien templadas y cuyos pechos generosos os impulsan á saber morir por vuestra independencia, ó vivir para el bien de vuestra patria. Venid á mí, que tengo que contaros cómo un hombre que vió la primera luz en una tierra inculta, y en medio de un pueblo avasallado bajo el ferreo yugo del opresor, solo y sin mas amparo que su propio aliento y su magnanimidad, conquistó la libertad para sus desahentados compatriotas, llamándolos á nueva exis-

N  
N  
F  
F  
F  
C  
C

tencia y enseñándoles á conocer sus derechos naturales.

Este hombre, verdadero hijo de la naturaleza, armado por ella para defender sus leyes, con su voz potente reanimó el adormecido espíritu de sus compatriotas que gemian bajo el peso de sus cadenas, les enseñó á trocar el arado por la espada del héroe, venció á las masas armadas que en su contra destacaron los tiranos, y fundó en su siglo bárbaro entre peladas rocas un asilo para la Razon y la Virtud, hijas del cielo que descendieron á ser el consuelo del género humano.

¡Divina poesía! No te invoco ahora, aunque fuiste el encanto de mis primeros años y me deleitaste con tus deslumbrantes fábulas, no te invoco, no, porque tu magia encantadora desfiguraria al héroe cuyas proezas intento celebrar: mal se avendrian tus fantásticas guirnaldas á su austera frente, pues darian á su terrible aspecto una expresion de excesiva dulzura. ¡No añadas

tu esplendor á su agreste pompa! ¡Déjalo vagar con su rústico traje y su arco formidable entre las rocas que lo vieron nacer ó al borde de límpidos torrentes! Síguelo, sí, pero de léjos, y en la senda que él recorrió esparce apénas unas cuantas flores de la silvestre eglantina.

En medio de la antigua Helvecia, region famosa por su valor, habian conservado por muchos siglos sus sencillas costumbres tres cantones por todas partes rodeados de rocas escarpadas. La industria, la templanza, la sinceridad y la modestia—virtudes que reyes y conquistadores se complacen en extirpar de la tierra—se refugiaron entre aquellas montañas.

Mucho tiempo permanecieron allí ocultas, sin que les pesara su pacífica oscuridad. La libertad á su vez fijo su asiento en la cumbre de aquellos montes, y desde tan feliz instante no hubo verdaderos sabios, ni valientes que no profirieran con veneracion los nombres de Uri, de Schwitz y de Underwalden. Entregándose los

N  
N  
F  
F  
C  
C

hijos de estos tres cantones á su trabajo cultivando los campos, por siglos se vieron libres de la miseria que difundió la criminal demencia de los feroces capitanes que conquistaron el imperio romano, erigiendo sobre sus escombros un enjambre de reinos insignificantes que rigieron por medio de las peores leyes que, para favorecer á la tiranía, pudo inventar la ignorancia. Tal vez miraban con desden á los pobres pastores y labradores de Uri, y por esto les permitian conservar el dulce título de hombres libres. Sometieronse aparentemente á estos nuevos Césares; pero conservando sus antiguas costumbres, sus leyes y sus virtudes.

Cada cabeza de familia, señor absoluto en su pacífica cabaña, envejecia rodeado de sus hijos que á fuerza de atenciones de ternura y gratitud dulcificaban el ocaso de sus dias. Los jóvenes, sin tener nociones del mal, temiendo á Dios y obedeciendo á sus padres, no tenian mas esperanza, ni mas anhelo que asemejarse á aquellos

á quienes debian el ser. Honrarlos é imitarlos formaba el plan de su vida y esta raza virtuosa y sencilla se veía por su pobreza libre de la envidia de los malvados.

No léjos de Altorff, su capital, á la márgen del lago que da su nombre á la ciudad, se levanta una montaña, desde donde el viagero que toma aliento despues de la fatiga de trepar por sus ásperas laderas, puede descubrir una multitud de valles encerrados entre peñas de diferentes figuras y tamaños. Arroyos ó rápidos torrentes, que á veces serpean entre lechos de musgo descendiendo al valle á regar prados llenos de abundantes ganados, ó á servir de surtidores al cristalino lago en que las terneras se deleitan en refrescarse.

En la cima de esta montaña habia una pobre choza, con un campo pequeño, un viñedo, y una huerta. Un labrador, ó mas bien un héroe, aunque todavía ignoraba lo que valia, cuyo corazon se enardecia con el amor á su patria, á los veinte años de edad habia recibido de su padre

N  
N  
F  
F  
F  
C  
C

esta pequeña herencia. "Hijo mio," le dijo el anciano en su lecho de muerte, "mi tarea está cumplida, mi vida se acaba: sesenta años he vivido en esta pacífica morada, y ni el vicio ha intentado jamás traspasar mis umbrales, ni mi sueño ha sido perturbado una vez sola por la pesadilla del remordimiento. Sé como yo he sido, hijo mio; ama el trabajo, elige una esposa cuyo amor, cuya confianza, y cuya resignada ternura duplique tus inocentes placeres, y quite al infortunio la mitad de su acíbar. Adios, hijo, no llores por mi; la muerte solo es penosa para el perverso. Cuando te enviaba yo á llevar parte de nuestras frutas y de nuestro pán á nuestros pobres hermanos que tenian hambre ¿no volvias con gozo á decirme que lo habias hecho? Pues bien, hijo, voy á reunirme con mi Padre á darle cuenta del bien que me ha permitido hacer en tan larga vida. Me recibirá como yo solia recibirte, y espero que en su presencia tú y yo nos volverémos á encontrar. Miétras habites la

tierra, sé virtuoso, y fácil te será serlo miétras seas libre . . . pero si algun dia algun tirano se atreve á atacar nuestra antigua libertad, no temas, Guillermo, morir por tu patria, y verás que la muerte no es amarga por tan santa causa."

Hondamente penetraron estas palabras el sensible corazon de Tell; tributó los postreros honores á su venerado padre, cavó su tumba al pié del árbol que daba sombra á su cabaña, y allí hizo el solemne juramento, que jamás violó, de visitar solo todos los dias aquel venerado sepulcro, para recordar todas sus acciones y preguntarse si merecian la aprobacion de su padre. ¡ Cuántas virtudes debió Tell á esta piadosa costumbre! El temor de avergonzarse ante la sombra de su padre le enseñó á contener la llama de la juventud y á vencer todas sus pasiones. Así llegó á dominar sus propios deseos, y pudo siempre encaminarlos por el lado de la razon. Heredero de la tierra de su padre, la hizo producir

una segunda cosecha duplicando su trabajo, y dividió sus frutos con sus pobres vecinos.

Levantándose al rayar el alba, y manejando un arado que apenas podían tirar dos bueyes, hacia entrar el agudo acero en la tierra dura, y apresuraba el tardo paso de la yunta con el cayado que llevaba en la mano, sin detenerse á enjugar las gotas del sudor de su frente, hasta que se retiraba á su casa al anochecer, doliéndose de las desgraciadas gentes que no tenían un arado. Esta idea lo acompañaba cuando volvía con sus bueyes, y perturbaba su sueño. Al día siguiente madrugaba mas, y sin que lo supieran sus amigos pobres, iba á ararles sus campos, y á sembrarles sus semillas, mientras ellos estaban ausentes, para ahorrar á su modestia la pena de que sus iguales le manifestaran su reconocimiento. Tales eran sus trabajos y tales sus placeres; la benevolencia y la laboriosidad lo ocupaban y lo deleitaban.

La naturaleza, que habia dado á Tell una al-

ma tan pura y tan elevada, le habia concedido tambien un cuerpo robusto y activo. Sobresalia en estatura á los mas altos de sus compañeros; podia trepar con paso firme por las peñas mas ásperas, podia saltar los mugidores torrentes, ó cazar al gamo silvestre en toda la velocidad de su carrera en la cima de los montes nevados. Con solo los brazos podia doblar y derribar la añosa encina, despues de unos cuantos hachazos, y sobre los hombros podia llevar su enorme peso con sus ramas cubiertas de follage. En los días de público regocijo, en medio de los juegos de los jóvenes arqueros, Tell, que era sin par en el arte de disparar el arco y la flecha, se veia obligado á permanecer ocioso mientras se disputaba el premio. A pesar de su mocedad, tenia asiento entre los ancianos que hacian de jueces. Ruborizado de tanta honra, apenas podia tenerse y respirar con la ansiedad de seguir el vuelo de las ligeras flechas. Aplaudia con entusiasmo al arquero que hacia el mejor tiro, y le echaba los

F  
N  
F  
F  
C  
C

brazos como si estrechara á un digno rival. Pero si acontecia que el carcaj quedara vacío, sin que ningun tiro alcanzara á la paloma; si el ave, cansada de sus inútiles esfuerzos, se colgaba de la punta del mástil y miraba con ojos serenos á sus débiles enemigos, entónces Guillermo se ponía en pié y tomando su grande arco y tres de las flechas ya disparadas, con la primera daba al mástil y hacia volar al ave, con la segunda cortaba la cuerda que le impedía remontarse por el aire, y con la última la alcanzaba en medio de las nubes y palpitante la hacia caer á los piés de los jueces atónitos.

Pero Tell no se envanecía de su destreza: al triunfo mas brillante preferia el recuerdo de una buena accion, aun cuando él solo la conociera. Comenzó á reprocharse la tardanza con que cumplia el consejo de su padre, resolvió casarse, y fijó su atencion en la jóven Edmea.

Era Edmea la mas amable y la mas recatada de las hijas de Uri. Su corazon, puro como el

primer soplo de la mañana, era el asiento de la paz, de la razon y de la benevolencia. Era huérfana y no tenia herencia alguna. Desde su niñez habia vivido con un anciano pariente, el último de su indigente raza. Edmea apacentaba las ovejas que pertenecian á este buen anciano. Todas las mañanas, ántes que el sol dorara las copas de las sombrías encinas, Edmea estaba en el monte, hilando en medio del rebaño para proveer de ropa á su bienhechor.

Regresaba al caer la tarde á arreglar su cabaña, á preparar al anciano la cena y la comida del dia siguiente y á ver si necesitaba de sus cuidados. Entónces se entregaba al descanso, sintiéndose feliz de haber cumplido el dulce deber de la gratitud, y segura de que el dia venidero habia de proporcionarle el mismo placer.

Tell la conocia y la amaba. Cuando ella estaba ausente, él iba á visitar al anciano. Con franqueza y con delicia hablaba con él de Edmea, y el anciano se sentia como nunca compla-

cido al alabarla, al contar sus acciones mas insignificantes, al repetir sus propias palabras. Asomaba el llanto á sus ojos cuando referia la paciencia, la dulzura, la inagotable bondad que le hacian tan cara á la huérfana. Estas alabanzas que hallaban eco en el corazon de Tell aumentaban su afecto mas que la misma vista de Edmea, y cuando ella llegaba en medio de la conversacion, Tell leia en su mirada y en su aire modesto, cuanto acababa de oir.

“Edmea,” le dijo un dia de fiesta al salir ámbos del templo, “yo te amo y te venero, si quieres ser feliz conmigo, recibe mi mano y mi corazon, ven á vivir en mi cabaña y en la tumba de mi padre te enseñaré las virtudes que él me enseñó.”

Edmea, bajando los ojos, se ruborizó por vez primera ; pero recobrando pronto su serenidad y segura de que podia dar á conocer su pensamiento, “Guillermo,” contestó, “Guillermo, te agradezco que me hayas elegido. Feliz me sien-

to ahora, y crece mi ventura al poder decirte que tú hubieras sido el objeto de mi predileccion.” Á estas palabras le dió la mano, que Tell oprimió entre las suyas, sus miradas se encontraron, y sus votos se pronunciaron en silencio. Este casamiento completó la felicidad de Tell. Su trabajo de cada dia tenia nuevos encantos, porque su fruto habia de ser para Edmea. El bien que podia hacer le causaba mayor satisfaccion, porque Edmea habia de saberlo. El nacimiento de un hijo vino á aumentar la felicidad de los esposos. El niño estuvo enteramente al cuidado de su madre ; pero desde que llegó á los seis años, el encantador Gemmi jamás se separó del lado de su padre. Acompañábalo al campo y al monte, y cuando su padre le enseñaba la tierra cubierta de espigos, las colinas, las aguas, las selvas, le hacia levantar los ojos al cielo y pronunciar con respeto el augusto nombre de Dios. Instrúiale de que este Dios que conoce y juzga todos nuestros pensamientos ha orde-

N  
N  
F  
F  
C  
C

nado al hombre que sea bueno solamente, para que pueda ser siempre feliz. Mañana y tarde le repetía esta verdad y con su ejemplo le enseñaba lo que era bueno. Y sin atender á su debilidad ó á su miedo infantil, lo llevaba entre la nieve, le hacía andar sobre el hielo resbaladizo, ó que con sus manecitas unciera y acariciara á los bueyes, y llevara á estos formidables animales á donde quiera que le ordenaba.

Este niño que con su padre era serio y paciente, rompía su tímido silencio cuando, al regresar á la cabaña, se arrojaba en los brazos de su madre. Tierno, cariñoso y obediente á sus mas ligeros deseos sabia hacerla venturosa. Y estrechándolo ella contra su seno, le decía muchas veces que su propia existencia dependía de la vida y felicidad de su hijo.

Á todos estos bienes, Tell añadía otro, que tanto vale en la prosperidad como en la desgracia: tenía un amigo. Este amigo, casi de su misma edad, vivía entre las rocas que separan á

Uri de Underwalden. Ámbos se habían adherido uno al otro desde su infancia, no por la semejanza de sus caracteres, sino porque ámbos eran de corazón ardiente y generoso. Melctal, como Tell, era valiente y capaz de grandes acciones, y adicto también á su país natal; pero la impetuosidad de su índole no le permitía sufrir con paciencia. Demasiado vehemente y precipitado en sus sentimientos para saber ocultarlos, los desahogaba en palabras, y los debilitaba con su misma violencia. Pero Tell, cuando vivas emociones agitaban su alma, las aumentaba encerrándolas en su pecho, sin dejar que una sola palabra se escapara de sus labios, ni una mirada de sus ojos que pudiera darlas á conocer.

Los dos detestaban la tiranía y la injusticia; pero mientras Melctal quería desafiar abiertamente al opresor, Tell sabia aguardar en silencio la oportunidad de reparar el mal.

Á menudo ámbos recorrían el pequeño espacio que separaba sus cabañas, para pasar juntos



sus dias de descanso y de placer, que esperaban con grande impaciencia.

Á veces Edmea salia con su esposo y con su hijo para llevar á la choza de Melctal frutas, leche y los productos de su viña y de su huerta. Otras veces llegaba Melctal, sosteniendo con un brazo á su anciano padre y llevando de la otra mano á su hija, prenda única que le quedaba de una esposa cuya pérdida lamentaba. Tell los aguardaba en la puerta de su cabaña; siempre habia un asiento dispuesto para el anciano, y una copa de vino que brillaba en los manos de Edmea; y Gemmi, cuyos ojos los habian buscado mucho tiempo en el camino, tenia un ramillete preparado para Clara.

¡ Cuán puros, cuán tiernos eran estos placeres de que todos juntos disfrutaban, y como procuraban prolongar sus alegres comidas llenos de gozo y de contento. Cuando concluian, el anciano Melctal, á pesar del peso de sus ochenta inviernos, sin mas ayuda que su baston, trepaba

por la mas elevada cumbre de la montaña y allí, sentado en medio de sus hijos y de sus amigos, descubria su cabeza venerable para recibir el calor del sol en sus cabellos blancos. Recreando su vista con un panorama encantador, hablaba de los dias de su juventud, de sus trabajos y de sus placeres, de los desengaños de la vida y de los consuelos de la virtud. Tell, Melctal y Edmea le escuchaban con respetuosa atencion, miéntras Clara y Gemmi, sentados en las rodillas del anciano, recogian provechosa enseñanza en sus discursos.

Clara y Gemmi crecian juntos y su mutuo amor se aumentaba con la edad. Parecíales ya que eran demasiado lentos en llegar los felices dias que pasaban juntos. Gemmi, durante los largos semanas que pasaba léjos de su amiga, sabia inventar pretextos para escaparse de su casa é ir á la de Clara. Ya iba á decir á Melctal, que se habia visto en el monte un oso que intentaba devorar el rebaño, ya que el helado viento del

F  
N  
F  
F  
C  
C

norte, que habia soplado en la noche, habia secado los tiernos retoños de su viña. Melctal le escuchaba con una sonrisa y le daba las gracias por sus atentos cuidados, y Clara se apresuraba á ofrecerle una taza de leche fresca. Gemmi contento de su visita y de su excursion, se volvia á la casa de su padre, pensando en el camino qué nuevo pretexto hallaria al dia siguiente para regresar una vez mas á la cabaña de Melctal.

Así vivieron estas dos familias y así tambien todo un pueblo de hermanos, hasta que de repente la muerte de Rodolfo pareció estar á punto de poner término á su felicidad.

Rodolfo, á quien la fortuna colocó en el trono de los Césares, respetó siempre la libertad de la Suiza. El orgulloso Alberto que fué su sucesor, deslumbrado con sus vanos títulos, con sus vastos dominios y con el mando de todos los ejércitos del imperio, se encolerizó de que unos cuantos labradores y ganaderos tuviesen el dere-

cho de creerse independientes de su gobierno. Les mandó un gobernador que avasallara su noble espíritu; y este gobernador fué Gesler, el mas abyecto y el mas insolente de los servidores del nuevo emperador.

Gesler, seguido de esclavos armados, que á su antojo convertia en verdugos, fijó su residencia en Altorf. De un carácter violento y devorado por un espíritu inquieto que solo podia satisfacer á fuerza de hechos perversos, Gesler se hizo todavía mas odioso atormentando á los que tenia en su poder. Temblando al solo nombre de libertad, como se estremece el lobo al silbido de las flechas que le disparan los cazadores, resolvió, juró destruir esta palabra vana de sentido. Permitiendo á sus infames soldados encenagarse en el crimen, él mismo les dió el ejemplo del robo, del asesinato y de los mas horrendos ultrages.

En vano se quejaba el pueblo, sus clamores eran castigados como delitos. La virtud ater-

rorizada, se refugiaba en lo interior de las cabañas. El labrador maldecía á la tierra porque recompensaba su trabajo con una cosecha que él no habia de recoger. El anciano regocijándose de su debilidad que le prometia con la muerte pronta libertad, unia sus plegarias á las de sus hijos para que no le sobrevivieran. En suma, el velo de la miseria se extendia como un sudario funeral por los tres cantones por la mano cruel de Gesler, desde cuya llegada Tell habia previsto las calamidades que habian de pesar sobre su patria. Sin comunicar á Melctal sus pensamientos, sin alarmar á su familia, la grande alma de Tell se preparaba no á sufrir la esclavitud, sino á libertar á su país. Los crímenes se hicieron mas comunes, los tres cantones, sobrecojidos de espanto, yacian trémulos á las plantas de Gesler. Tell no temblaba, no estaba sorprendido. Vigilaba los crímenes del tirano del mismo modo con que estaba acostumbrado á observar en las rocas el breñal armado de sus espi-

nas. Y cuando su ardoroso amigo Melctal desahogaba su indignacion en su presencia, Tell lo escuchaba sin contestarle. No derramaba lágrimas, ni una sola alteracion de su rostro traicionaba su secreto proyecto. Estimaba á su amigo y estaba cierto de su honor; pero desconfiaba de su impaciencia y no se atrevia á comunicarle sus propósitos. Resolvió ocultarle su designio hasta el momento de llevarlo á cabo, momento que conocia habia de llegar en breve. Se volvió austero y pensativo, pasó muchos dias sin acariciar á su hijo, sin mirar á su esposa. Se levantaba mas temprano que de costumbre, uncia su yunta, la llevaba al campo y guiaba el arado con mano insegura: á menudo dejaba caer su látigo y deteniéndose de repente en medio de un surco mal trazado, inclinaba la cabeza sobre el pecho, fijando los ojos en el suelo. Permanecia en esta actitud pensativa respirando apénas, considerando el poder del tirano, y la escasez de los medios que podia oponerle. De un lado veia al cruel

F  
F  
F  
F  
C  
C

Gesler, rodeado de sus criaturas y armado de un poder ilimitado, y del otro á un desvalido labrador resuelto á ser libre.

Una tarde, estando Guillermo sentado con su esposa delante de su cabaña, mirando á Gemmi, que á corta distancia ensayaba su fuerza con el carnero mas vigoroso del rebaño, la vista de este niño que se entregaba á su natural alegría, sin pensar en la miseria que la esclavitud le preparaba, aumentó la melancolía de su padre y le hizo verter lágrimas por primera vez en su vida.

Edmea lo miró y lo observó en silencio por algun tiempo, pero cediendo al fin á su amor que la hacia desear participar de las angustias del querido de su corazon, se le acercó, le tomó la mano, y mirándolo fijamente: “¿Qué he hecho,” le dijo, “para merecer esta desconfianza?—¿para perder aquella ingenuidad que era todo mi orgullo? Sufres, y tu mujer no sabe la causa de tu afliccion. ¿Crees que las penas serian mas duras para ella que para tí, cuando sabes que

durante quince años hasta mis pensamientos han sido tuyos y me he sentido feliz solo porque mis placeres me venian de tí? Mi corazon es el mismo, pero el tuyo ha cambiado. Nada ha variado en nuestro pacífico albergue, y sin embargo, tu estás triste y desasosegado. Mira nuestra cabaña, mira ese campo que tu has labrado, y que no solo nos ha dado con que subsistir, sino que tambien nos ha proporcionado con que ausiliar á nuestros vecinos; mira la luna que sale con todo su esplendor detras de las montañas para anunciarnos que el dia de mañana será tan apacible y tan brillante como el de hoy; mira allí á tu hijo, cuya inocente alegría debe reanimar nuestro espíritu, y hacernos tan felices como él.”

“Edmea,” contestó él, “no me hables de felicidad, pues harás mas terrible el duro peso que me oprime duranté todas las horas del dia. ¡Cuánto te compadezco al ver que aun sueñas en alegrías, miéntras la Suiza gime con el peso de

F  
N  
T  
F  
F  
C  
C

sus cadenas, y el bárbaro Gesler, insolente instrumento de un déspota mas orgulloso, no hace mas que insultar su miseria! Quieres que mire la cosecha obtenida por mi trabajo, y una palabra de Gesler puede arrebátarmela. Me muestras la cabaña en que durante trescientos años vivieron mis virtuosos antepasados, — y Gesler puede arrasarla en un instante. Y ese niño tan querido de nosotros, ese hijo idolatrado es propiedad de Gesler; mi esposa, mi hijo, hasta la tumba de mi padre pertenecen al tirano, sin cuya venia no podemos ni aun respirar el aire puro de nuestra patria. ¡Qué ignominia! ¡Todo un pueblo doblegado al capricho de un solo hombre! Pero ¿qué dije? un hombre! . . . ¡Dios mio! perdóname por haber profanado el nombre de tu mas noble criatura! La naturaleza no tiene nada de comun con los tiranos; sino que debe prosternárseles hasta el momento en que reivindicando sus derechos, vengue los agravios de los siglos. La idea de que tal instante

ha de llegar me consuela y me reanima. Apenas basta mi alma toda para lo grandioso de mis designios. No perturbes mis pensamientos hablándome de tí, ni de mi hijo. Un esclavo no tiene mujer, no tiene hijos; miéntras yo lo sea, nada existe para mí en la naturaleza. Tus ojos se complacen en mirar esta campaña y este hermoso paisaje que fueron testigos de nuestra dicha. Los míos, alarmados por la virtud, solo pueden ver allí esa terrible fortaleza, levantada sobre las rocas para tener á Uri entre cadenas.”

Edmea replicó: “¿Y pudiste creer que yo te amara sin odiar á nuestros tiranos? ¿No soy tu esposa, y si amas á tu país, no he de adorarlo yo, porque es tu patria y la mia? Háblame, pues, con confianza de tus designios, y si, por la debilidad de mi sexo, no puedo ayudarte, al ménos sabré morir por tí.”

Tell al escuchar estas palabras estrechó entre sus brazos á Edmea, y no bien empezaba á abrirle los secretos de su alma, cuando del lado de la ca-

baña se oyeron resonar gritos y sollozos. Levantáronse apresuradamente y vieron á su hijo pálido y lloroso, alzando los brazos al cielo y corriendo hácia ellos aterrizado.

“¡Padre! padre!” gritaba con voz entrecortada, ven, ven á su socorro al anciano Melctal . . . Bárbaros! se han atrevido. . . . Entonces apareció Clara sosteniendo los pasos vacilantes del desgraciado anciano, que apoyaba el brazo derecho en un baston y el izquierdo en el brazo de la inconsolable Clara. Á cada paso llamaba á Tell y extendiendo los brazos para tocarlo, sus piés tropezaban con las duras piedras y le hacian buscar una vez mas el apoyo que necesitaba. Guillermo corrió al encuentro de su amigo, lo tomó entre sus brazos, lo miró y prorumpió en un grito desgarrador. Erizósele el cabello al ver en aquel rostro venerable los huecos sangrientos de los ojos que le habian sido sacados bárbaramente. Intimidado y horrorizado, Tell retrocedió y hubiera caído, á no haberse sostenido contra

la roca que tenia á su lado. Edmea se desmayó y Gemmi se apresuró á socorrerla, mientras Clara llamando á Guillermo levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas.

“¿Me abandonas, cuando eres mi único amigo?” dijo Melctal con voz débil; “¿temes que te salpique la sangre que chorrea de mis heridas? ¡Ah! ven para que yo te abrace. No me han sacado el corazon, quiero sentirlo latir junto al tuyo, para saber que los bárbaros que me han arrebatado la vista, no me han quitado á mi amigo.”

“Perdona,” dijo Tell, precipitándose en sus brazos; “perdona la primera impresion de mi angustia y de mi horror. ¡Oh! virtuoso anciano, tus sufrimientos no pueden hacerte mas respetable para mí; pero sí aumentan mi ternura, y hacen mas fuerte y mas sagrado el vínculo que nos une. Pero ¿cómo y donde esos viles á quienes enloquece el crimen se atrevieron á poner sus manos delincuentes sobre la ancianidad y la